

## CAPÍTULO IV

### CONTINUACIÓN DEL MISMO ASUNTO; CONTRADICCIONES SOCIALISTAS

Si hay una verdad demostrada en nuestro último capítulo, esa verdad consiste en afirmar que la escuela liberal no ha hecho otra cosa sino asentar las premisas que van á parar á las consecuencias socialistas, y que las escuelas socialistas no han hecho otra cosa sino sacar las consecuencias que están contenidas en las premisas liberales: estas dos escuelas no se distinguen entre sí por las ideas, sino por el arrojo. Viniendo planteada de esa manera entre ellas la cuestión, es claro que la victoria toca de derecho á la más arrojada; y la más arrojada es, sin ningún género de duda, la que, no parándose en la mitad del camino, acepta con los principios sus consecuencias. Siendo esto así, dicho se está, y de nuestro anterior capítulo aparece suficientemente demostrado, que el socialismo lleva lo mejor de la batalla, y que en definitiva suyas son las palmas de este combate.

De la fuerza de lógica, de que ha hecho muestra y parada en sus contiendas con la escuela liberal, se ha seguido para la escuela socialista cierto renombre de lógica y consecuente, que si bien está hasta cierto punto justificado, está lejos de estarlo suficientemente. En ser más lógica que la más ilógica y contradictoria de todas las escuelas, las socialista no hace mucho, y aun apenas hace algo; para ser merecedora de su renombre,

está obligada á más: por una parte, está obligada á demostrar que no sólo es lógica y consecuente de una manera relativa, sino de una manera absoluta; y después, que es lógica y consecuente de una manera absoluta en la verdad; porque si sólo lo fuera en el error, la lógica y la consecuencia en el error no es más que una manera especial de ser ilógica é inconsecuente. No hay consecuencia ni lógica verdadera sino en la verdad absoluta.

Ahora bien; el socialismo falta á estas dos condiciones: por una parte, es contradictorio, porque no es uno, como se demuestra por la variedad de sus escuelas, símbolo de la variedad de sus doctrinas; por otra parte, no es consecuente negándose á aceptar, á semejanza de la escuela liberal, aunque no en el mismo grado, todas las consecuencias de sus propios principios; y por último, sus principios son falsos y sus consecuencias absurdas.

Que no acepta todas las consecuencias de sus propios principios, lo vimos ya en el capítulo anterior, cuando observamos que, siendo una consecuencia lógica de su negación de toda solidaridad la disolución de la sociedad política, se contentaba con aceptar la disolución de la sociedad doméstica. Hay quien cree que el socialismo se perderá, porque pide é invoca mucho; yo soy de sentir que sucederá al revés, y que le vendrá su pérdida, porque pide é invoca muy poco. En efecto; lo que procedía en buena lógica, en el caso presente, era comenzar por pedir que los pueblos á cada generación mudasen de nombre. En el sistema solidario concibo muy bien que sea uno el nombre nacional, siendo una la nación en toda la prolongación de la historia. Que se llame Francia la nación gobernada por Luis Felipe y por Clodoveo, es cosa concebible, y no sólo concebible, sino natural, y no sólo natural, sino necesaria, supuesto el sistema que sostiene la solidaridad francesa, y la comunión de glorias y de desastres entre las generaciones pasadas y las presentes, entre las generaciones presentes y las futuras. Pero eso mismo, que en el sistema de la solidaridad es concebible,

natural y necesario, es absurdo, inconcebible y contrario á la naturaleza de las cosas mismas en el sistema que á cada generación corta el raudal de la gloria y el hilo del tiempo. En este sistema hay tantas familias y tantos pueblos como generaciones, y la lógica exige en este caso que, siguiendo los nombres representativos las vicisitudes de las cosas representadas, á cada mudanza de generación corresponda una mudanza idéntica en los nombres de pueblos y de familias. Que lo absurdo compite aquí con lo grotesco, no habrá nadie que lo niegue, pero que lo grotesco y lo absurdo sean rigurosamente lógicos, no habrá nadie que pueda ponerlo en duda: y cabalmente esas son las dos cosas que nos convenía demostrar con una demostración invencible. Es necesario que el socialismo escoja libremente la muerte de que ha de morir, escogiendo entre lo ilógico y lo absurdo.

Las escuelas socialistas demostraron sin grande esfuerzo, contra la escuela liberal, que una vez negada la solidaridad familiar, la política y la religiosa, no cabía aceptar la solidaridad nacional ni la monárquica; y que al revés, era de todo punto necesario suprimir en el derecho público nacional la institución de la Monarquía, y en el derecho público internacional las diferencias constitutivas de los pueblos. Pero esas mismas escuelas socialistas, por una contradicción de que la escuela liberal, contradictoria y absurda como es, no ha dado ejemplo, reconocen en seguida la más alta, la más universal y la más inconcebible, humanamente hablando, de todas la solidaridades, es decir, la solidaridad humana. La divisa de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, como patrimonio común de todos los hombres, ó no significa nada, ó significa que todos los hombres son solidarios. El reconocimiento de esa solidaridad, separada de las otras y del dogma religioso que nos la enseña y nos la explica, es un acto de fe tan sobrenatural y robusto, que yo mismo no le concibo, acostumbrado como estoy á creer lo que no comprendo, siendo católico.

Creer en la igualdad de todos los hombres, viéndolos á todos

desiguales; creer en la libertad, viendo instituída en todas partes la servidumbre; creer que todos los hombres son hermanos, enseñándome la historia que todos son enemigos; creer que hay un acervo común de infortunios y de glorias para todos los nacidos, cuando no acierto á ver sino glorias é infortunios individuales; creer que yo me refiero á la humanidad, cuando sé que refiero la humanidad á mí; creer que esa misma humanidad es mi centro, cuando yo me hago centro de todo; y por último, creer que debo creer estas cosas, cuando se me afirma, por los que me las proponen como objeto de mi fe, que no debo creer sino á mi razón, que contradice todas esas cosas que me son propuestas <sup>1</sup>, es un despropósito tan estupendo, una aberración tan inconcebible, que á su presencia quedo como desfallecido y atónito.

Mi asombro crece de punto cuando observo que los mismos que afirman la solidaridad humana, niegan la familiar, lo cual es afirmar que los enemigos son hermanos, y que los hermanos no deben serlo; que los mismos que afirman la solidaridad humana, son los que poco antes negaron la política, lo cual es afirmar que nada tengo de común con los propios, y que todo me es común con los extraños; que los mismos que afirman la solidaridad humana, niegan la Religión, siendo así que la primera no puede ser explicada sin la segunda; y de todo deduzco, por legítima consecuencia, que las escuelas socialistas son á un tiempo mismo ilógicas, y absurdas: ilógicas, porque después de haber demostrado contra la escuela liberal, que no valía aceptar unas solidaridades y dejar otras, vienen á caer en el mismo error, aceptando una sola entre todas, y desechándolas todas menos una; absurdas, porque cabalmente la única que me proponen no es punto de razón, sino de fe, y porque esta propuesta me viene de los que niegan la fe y proclaman el derecho imprescriptible de la razón al imperio y á la soberanía.

Las escuelas socialistas caerían en asombro y estupor si, poniendo sus dogmas en tela de juicio, nos viniese la idea de

<sup>1</sup> Entiéndase á mi razón extraviada ó no recta.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

exigirles una respuesta categórica á esta categórica pregunta: ¿De dónde sacáis que los hombres son solidarios entre sí, hermanos, iguales y libres? Y sin embargo, esta pregunta, que procede aun contra <sup>1</sup> el catolicismo, que está obligado á responder á todo lo que se le pregunta, procede, sobre todo, contra la más racionalista de todas las escuelas. Esas fórmulas abstractas no han sido sacadas ciertamente de la historia. Si la historia viene en apoyo de algún sistema filosófico, no es ciertamente en apoyo del que proclama la solidaridad, la libertad, la igualdad y la fraternidad del género humano, sino más bien de aquel articulado virilmente por Hobes, según el cual la guerra universal, incesante, simultánea, es el estado natural y primitivo del hombre.

El hombre nace apenas, y no parece sino que viene al mundo por la virtud misteriosa de un conjuro maléfico, y cargado con el peso de una condenación inexorable. Todas las cosas ponen sus manos en él, y él revuelve su mano airada contra todas las cosas. La primera brisa que le toca, y el primer rayo de luz que le hiere, es la primera declaración de guerra de las cosas exteriores. Todas sus fuerzas vitales se rebelan contra la presión dolorosa, y su existencia toda se concentra en un gemido: los más no pasan de ahí, porque en ese punto y hora les toma la muerte; los pocos que por ventura resisten, comienzan á andar el camino de su dolorosa pasión, y después de guerras continuas y de varios sucesos, van á parar á la última catástrofe, desfallecidos con esfuerzos y quebrantados con dolores. La tierra se les muestra avara y dura, les pide su sudor, que es la vida, y en cambio de la vida que les toma, apenas saca una gota de agua de sus fuentes para templar su sed, y algún manjar de sus cuevas para aplacar su hambre. No les prolonga la vida para que vivan, sino para que vuelvan á sudar. Los tiranos no prolongan la vida de sus siervos sino porque la vida es necesaria para prolongar su servicio. Donde-

<sup>1</sup> *Contra por respecto de.*—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

quiera que los hombres se juntan, los flacos caen en la tiranía de los fuertes.

Una mujer, insigne por su ingenio, queriendo dar muestra de ingeniosa, se puso un día á pensar sobre cuál sería por su extrañeza la paradoja más grande, y ninguna otra encontró mayor, entre las paradojas posibles, que la de afirmar con aplomo que la esclavitud era cosa moderna, y la libertad cosa antigua. Si ella llegó á creérsela á fuerza de repetírsela, no lo sabré yo decir: en lo que no cabe ningún género de duda, es en que el mundo se la creyó, y lo que es más, en que era muy digno de creérsela. Por lo que hace á la igualdad, no se sabe, aunque esto es posible (¿qué cosa no es posible á un filósofo racionalista?), si esta idea trae su filiación histórica y filosófica de la división del género humano en castas, de las cuales las unas tienen por oficio propio mandar y las otras servir, y todas romper en guerras y rebeliones. La idea de la fraternidad procede sin duda ninguna de esos larguísimos períodos de paz y de bonanza que forman la trama de oro de la historia; y en cuanto á la idea de la solidaridad, ¿quién no ve su procedencia? ¿Hay quien ignore, por ventura, que los romanos, en quienes viene á resumirse toda la antigüedad, llamaban á los extranjeros y á los enemigos con un mismo nombre, que era sin duda simbólico de la solidaridad humana?

Si esas ideas no pueden venirnos de la historia, que las condena y las desmiente en todas sus páginas, llenas de lamentos y escritas con sangre, nos han de venir, ó de sucesos acaecidos en aquella época primitiva, que precede á todos los tiempos históricos, ó derechamente de la razón pura. En cuanto á esta última procedencia, me contentaré con afirmar, sin temor de ser contradicho, que la razón pura no se ejercita sino en cosas de pura razón; y que tratándose aquí de averiguar cuáles son los elementos constitutivos de la naturaleza humana, no se trata de un negocio de pura razón, sino de un hecho que, existiendo con respecto á nosotros en calidad de hecho obscuro, debe ser mejor observado para que, bañado de luz, mude lo

que tiene de obscuro en lo que debe tener de esclarecido. Por lo que hace á esa época primitiva que precede á todos los tiempos históricos, es claro que no podemos conocerla si no nos es revelada. Esto supuesto, yo me creo autorizado á formular de esta manera mi pregunta: Si lo que afirmáis no lo tenéis de la razón, que lo ignora, ni de la historia que conocéis, que lo contradice, ni de una época anterior á los tiempos históricos, que os es desconocida, porque camináis en el supuesto de que no ha sido revelada, ¿de dónde lo tenéis? Y si no lo tenéis de nadie, ¿por qué lo afirmáis? Shakespeare ha dicho lo que son vuestras teorías: son "palabras, palabras, y nada más que palabras..." Pero palabras—añado yo—que dan la muerte al que las dice y al que las escucha.

Esta poderosa virtud les viene de que no son palabras racionalistas, las cuales no tienen en sí ninguna virtud, sino palabras católicas, las cuales tienen el privilegio de dar la vida y quitarla, de matar á los vivos y de resucitar á los muertos. Esas palabras no se pronuncian nunca vanamente, y siempre infunden terror; porque ninguno sabe si van á dar la muerte ó la vida, aunque saben todos cuán grande es su omnipotencia. Un día, cuando las últimas sombras de la tarde se dilataban por las aguas serenas y apacibles, entró el Señor en una barca frágil, seguido de sus discípulos; y como el Señor hubiera cerrado sus ojos, vencidos del sueño, un torbellino impetuoso levantó las ondas; y viéndose á punto de zozobrar los discípulos, oraron; y el Señor abrió los ojos, y pronunció algunas palabras, que escucharon con reverencia la mar y los vientos: la mar quedó quieta, y el viento callado; volviéndose entonces á sus discípulos, puso en sus oídos otras palabras, y sus discípulos se llenaron de súbito y grande terror: *Et timuerunt timore magno*. La tempestad les había sido menos terrífica é imponente que la palabra salvadora. Otro día, como se presentaron al Señor dos hombres atormentados de los demonios, y como implorasen su gracia, el Señor dijo á los demonios: *Salid*; y los demonios, obedeciendo á su voz, dejaron libres á los hombres y busca-

ron asilo en unos animales inmundos, los cuales se arrojaron á la mar, que los sepultó en sus aguas. Los que pastoreaban el ganado, llenos de pavor por la virtud de la palabra divina, huyeron; y comunicado el terror á las gentes de aquellos contornos, fueron todas al Señor y le rogaron que se alejara de sus términos. *Pastores autem fugerunt, et venientes in civitatem, nuntiaverunt omnia, et de eis qui daemona habuerant: et ecce tota civitas exit obviam Jesu; et viso eo rogaverunt ut transiret á finibus eorum.* (S. Math., VIII, 33, 34.) La omnipotencia de la palabra divina era más temible para las gentes que los maleficios de los espíritus infernales.

Cuando oigo pronunciar una palabra divina, es decir, católica, luego al punto vuelvo los ojos al derredor para ver lo que sucede, cierto como estoy de que ha de suceder algo, y de que eso que ha de suceder, ha de ser forzosamente un milagro de la divina justicia, ó un prodigio de la divina misericordia. Si es la Iglesia la que la pronuncia, aguardo la salvación; si el que la pronuncia es otro, aguardo la muerte. Preguntad al mundo por qué está lleno de terror y de espanto; por qué los aires están llenos de lúgubres y siniestros rumores; por qué las sociedades están todas turbadas y suspensas, como quien sueña que le va á faltar el pie, y que allí donde le va á faltar está un abismo. Preguntar al mundo esto, es lo mismo que preguntar por qué tiembla el que ve entrar á un malvado ó á un demente con una vela encendida en un almacén de pólvora sin conocer el uno, y conociendo el otro demasiado la virtud de la pólvora y la virtud de la llama. Lo que ha salvado al mundo hasta aquí, es que la Iglesia fué en los tiempos antiguos bastante poderosa para extirpar las herejías, las cuales, consistiendo principalmente en enseñar una doctrina diferente de la de la Iglesia con las palabras de que la Iglesia se sirve, hubieran llevado al mundo mucho tiempo ha á su última catástrofe, si no hubieran sido extirpadas. El verdadero peligro para las sociedades humanas comenzó en el día en que la gran herejía del siglo XVI obtuvo el derecho de ciudadanía en Europa. Desde

entonces no hay revolución ninguna que no lleve consigo para la sociedad un peligro de muerte. Consiste esto en que, fundadas todas ellas en la herejía protestante, son fundamentalmente heréticas; véase, si no, cómo todas vienen dando razón de sí y legitimándose á sí propias con palabras y máximas tomadas del Evangelio: el *sanculotismo* de la primera revolución de Francia buscaba en la desnudez humilde del manso Cordero su antecedente histórico y sus títulos de nobleza; ni faltó quien reconociese al Mesías en Marat, ni quien llamara á Robespierre su Apóstol. De la revolución de 1830 brotó la doctrina *sansimoniana*, cuyas extravagancias místicas componía no sé qué Evangelio corregido y depurado. De la revolución de 1848 brotaron con ímpetu en copioso raudal, expresadas en palabras evangélicas, todas las doctrinas socialistas. Nada de esto habían visto los hombres antes del siglo XVI. No quiero decir con esto que el mundo católico no hubiera padecido ya grandes dolencias, ni que las sociedades antiguas no hubieran padecido grandes vaivenes y mudanzas; lo único que quiero decir es que ni estos vaivenes bastaban para derribar á la sociedad por el suelo, ni aquellas dolencias para quitarla la vida. Hoy todo sucede al revés: una batalla perdida por la sociedad en las calles de París, basta por sí sola para derribar por el suelo á la sociedad europea como herida súbitamente de un rayo: *é cadde come corpo morto cadde.*

¿Quién no ve en las revoluciones modernas, comparadas con las antiguas, una fuerza de destrucción invencible, que no siendo divina, es forzosamente satánica? Antes de dejar este asunto, me parece cosa oportuna hacer aquí una observación importante, que abandonaré á la meditación de mis lectores. De dos pláticas del ángel de las tinieblas tenemos noticia exacta: la primera la tuvo con Eva en el paraíso, la segunda con el Señor en el desierto. En la primera habló palabras de Dios, desfiguradas á su modo: en la segunda citó la Escritura, interpretada á su manera. ¿Sería temerario creer que así como la palabra de Dios, tomada en su sentido verdadero, es la